

La historia oculta de Benjamín de Tudela

Primera parte. *La segunda parte se publicará en el nº 4 de Crisis

José David Espasandín

*Pues mil años a tus ojos
son un ayer que pasó,
una vigilia en la noche*
Salmo 90

Dice Benjamín de Tudela en su *Séfer Masc'ot (Libro de los viajes)*: “Nápoles es una ciudad muy fortificada, asentada en la orilla del mar, de fundación griega. Habitan en ella unos quinientos judíos”. A continuación menciona —y ahora sé ya por qué— a los más insignes dentro de los referidos judíos. Parece claro que escribió estas líneas no más tarde del 4.933, según la cuenta hebrea, puesto que en ese año el texto se encontraba ya en tierras españolas dispuesto para ser copiado. Son ciento veinte páginas a media cuartilla que comprenden descripciones sencillas de su viaje desde Navarra hasta más allá de la península arábiga. Se ha querido ver en la obra una guía para mercaderes y comerciantes ya que se pensaba que el autor estaba muy interesado en el negocio del coral y de las piedras preciosas. Yo mismo tuve a esta versión por la más probable hasta hace un tiempo (me veo obligado a expresarme en formas que se me han vuelto extrañas). Al investigar la veracidad de lo contado en el libro comencé a dar con desconcertantes referencias que apuntaban siempre

al mismo individuo: un tal Rabí Isaac de Har Napus. Este nombre aparece también citado en la lista de judíos notables de la ciudad de Nápoles que da Benjamín en su texto. Fue a partir de la confrontación de las informaciones halladas que empecé a notar algo extraño en el asunto. Se preguntarán qué clase de referencias encontré; pues bien, en primer lugar, hay dos textos capitales que fundamentaban mi sospecha. El más largo es un párrafo de la *Historia de los judíos en las tierras de Su Majestad*, escrita por el erudito castellano Rodrigo de Valdés. Se menciona su figura cómo uno de los máximos instigadores de prácticas rayanas en la brujería que atentaban “contra nuestra amada religión verdadera”. No se arguye contra él nada más que el hecho de haber sido el temprano iniciador de una cierta doctrina inmanentista de la materia, afirmando que la causa del Universo está dentro del mismo y que si hay Dios, éste no puede ser exterior al mundo. De este hombre y de la doctrina que se le imputa no se menciona otra cosa que su peligrosidad para la fe.

La segunda referencia corresponde a una orden por la que se decreta la inmediata expulsión de Nápoles de todo habitante judío, y en la que se recomienda con viveza comenzar por Rabí Isaac de Har Napus considerado líder de la comunidad local e imbuido de una fuerte autoridad moral entre sus correligionarios. Se creía conjeturo que su expulsión haría que los demás le siguiesen sin necesidad de levantar gran persecución sobre ellos. Aquí saltó mi sorpresa, la cual decayó pronto porque durante breves momentos quise atribuir lo averiguado a una casualidad. En efecto, había un historiador que hablaba de un judío del siglo XII cuya figura podía hacerse coincidir sin mucho esfuerzo con la citada por Benjamín de Tudela en su libro. Por otro lado, un raído papel de finales del XV decretaba el destierro sin demora del mismo hombre. Parecía que dos Isaacs de Har Napus, judíos eminentes ambos, habían vivido en Nápoles con una diferencia de trescientos años. Además, los dos habían entrado en relación con artes que eran oscuras y

peligrosas a ojos de las autoridades cristianas. Enseguida barajé que el segundo Rabí Isaac de Har Napus no se llamaba de nacimiento por tal nombre, sino que se lo había atribuido en honor y memoria del que consideraba como su más ilustre predecesor y su maestro en la distancia de los años. Pronto un tercer descubrimiento arruinó esta razonable interpretación: hallé el acta de construcción de la sinagoga de Nápoles, levantada a partir del año 1322. En ella que figuraban, además de los nombres de los arquitectos y contra maestros, los auspiciadores económicos de la obra. Escritos en la última hoja del documento estaban, entre otros que me eran desconocidos, los nombres en caracteres hebraicos de Benjamín de Tudela y Rabí Isaac de Har Napus. En este punto me parecía demasiado complicado que hubiese tres Isaacs de Har Napus, separados cada uno por más de cien años, y dos Benjamines de Tudela, y que, además, dos de los primeros entrasen en contacto con uno de los segundos. Busqué tantos textos como pude acerca del Nápoles de los siglos afectados por la paradoja, pero no encontré nada que aclarase el problema. Después me centré en la figura del viajero, que comenzaba a resultarme muy sospechosa. Revisé su *Séfer Masc'ot* con unos ojos más desconfiados que de costumbre. Ahora ya el prólogo anónimo empezaba a despertarme serias dudas. Ahí, alguien cuyo nombre no ha trascendido (¿por qué no lo ha hecho?) nos dice:

Este es el libro de los "Viajes" que compuso R. Benjamín, hijo de Jonah de Navarra. R. Benjamín salió de su lugar, de la ciudad de Tudela, recorriendo muchas y apartadas tierras, según se refiere en su libro, y en cada lugar adonde fue, escribió las cosas que vio o que oyó de boca de hombres veraces, cosas como no se oyeron nunca en España; y asimismo menciona algunos sabios y príncipes de cada lugar. Este

libro lo trajo consigo al venir a Castilla, en el año 4933. Y era el mentado R. Benjamín, varón muy entendido e inteligente, versado en la Biblia y en la Ley, y después de examinar todo lo dicho por él para comprobar sus palabras, resultaron todas ellas perfectas y veraces e irrefutables, porque era un hombre de verdad.

Lo primero que me causó suspicacias en esta relectura fue el denodado empeño del escritor por dejar clara la veracidad de Benjamín respecto de su relato y el énfasis puesto en que todo lo contado en las páginas que suceden había sido fruto de la experiencia personal del autor. Me parecía que tanta insistencia intentaba velar alguna falta. Entonces decidí someter al texto a un rigor cómo nunca antes lo había hecho ningún exégeta: fui línea por línea, seña por seña. Me llevó tres años interrogar sus narraciones. Comprobé, para cada uno de los ciento noventa lugares que Benjamín decía haber visitado, si su retrato se adecuaba al aspecto real y a las características que cada población presentaba en el siglo XII. Comienza con una descripción de su paso por Zaragoza, Tortosa y Tarragona. Lo dicho de ellas es tan breve que no es posible juzgarlo. La siguiente ciudad es Barcelona; se habla del enclave de la población y de sus judíos. Todo parece estar de acuerdo con la bibliografía histórica que consulté. Narbona, Montpellier, Lunel o Marsella son algunos de los siguientes destinos, y Benjamín los describe con una aceptable aproximación. Tampoco hay duda acerca de Roma, a la que dedica tres detalladas páginas en las que no faltan referencias a la estructura de la ciudad, a sus ruinas y a un tal R. Yehiel, hermoso judío que era oficial del Papa Alejandro. Todo esto es igualmente acertado y se corresponde con la Roma de la época. Respecto de las tres poblaciones siguientes, Capua, Puzzol (con detalles precisos de

sus termas y su aceite) y Nápoles, hay mucha exactitud. El punto de inflexión del relato es la ciudad de Salerno; aquí empiezan los errores. Se dice que hay en ella seiscientos judíos, número notable que parece estar muy por encima del real, dado el minúsculo tamaño de la judería. Esto puede comprobarse todavía hoy en las ruinas de la ciudad italiana; yo lo comprobé. A partir de Salerno, las imprecisiones y los anacronismos se multiplican: en Salónica no hubo hasta el siglo XIV comerciantes de seda, los judíos de Constantinopla no se encontraban deportados en un margen de la bahía, sino integrados con el resto de habitantes de la ciudad, tampoco había judíos rabbanitas en Chipre, ni Antioquía contaba con veinte acueductos subterráneos para transporte de las aguas (lo cual, por cierto, sería inútil, pues era una población pequeña que se encontraba bañada por el río Orontes). Cada página que sucede a la de Nápoles está plagada de imprecisiones y fantasías. He contado más de trescientas, cuando en las primeras hojas no había ninguna reprochable. Las distancias entre ciudades, medidas en días de camino, parecen estar escritas al azar y no guardan concordancia con las rutas del siglo XII. Además, la descripción de los judíos de cada localidad se hace sospechosamente monótona: siempre en número de cincuenta a seiscientos y hallándose en todas partes bajo la opresión de los demás habitantes, excepción hecha de la India, llamada por Benjamín "Edén", en lo que constituye la idealización suprema de la obra y que corona y confirma la falsedad del relato.

¿A qué atribuir, pues, todo esto? ¿Es posible que el autor no continuase más allá de Nápoles? Y si fue así, ¿por qué detenerse? ¿Por qué hay varios Isaacs de Har Napus y Benjamines de Tudela que parecen ser los mismos?

***(Continuará)**